

EL DIA DE LA VIRGEN: PASADO Y PRESENTE DE LAS FIESTAS DEL SALIENTE (Albox-Almería)

PEDRO M^a. FERNÁNDEZ ORTEGA

Licenciado en Teología

ANTONIO FERNÁNDEZ ORTEGA

Doctor en Historia

*En memoria de nuestra madre que,
desde que nacimos, nos enseñó a decir
Virgencica del Saliente.*

RESUMEN

No cabe duda que dentro de las expresiones de religiosidad popular de la provincia de Almería, las que en el mes de septiembre tienen lugar en Albox, en el Santuario del Saliente, revisten una importancia nada desdeñable, habida cuenta del volumen de participación en las mismas y el carácter supralocal que las caracteriza.

Se pretende en esta comunicación presentar el origen de la fiesta, su evolución histórica, la pervivencia de ritos centenarios, el actual carácter unitario que presenta, frente al fragmentado de épocas pasadas, así como los nuevos *giros* que en el presente se están observando.

Si el conocimiento de lo que fueron ya es importante por sí mismo, no lo es menos el empuje tomado en las dos últimas décadas y las circunstancias que lo han favorecido, así como la irremediable pérdida de identidad a que se están viendo abocadas por la inclusión mimética de elementos foráneos que, en aras de la exaltación de *lo andaluz*, están contribuyendo a uniformar y empobrecer la cultura de Andalucía que es, ante todo, diversidad.

1. INTRODUCCIÓN

Al norte de la provincia de Almería, en la margen izquierda del río Almanzora, se encuentra la villa de Albox. Dentro de su término municipal, y en la ladera sur de la Sierra de las Estancias, amparado por la mirada vigilante del Pico del Saliente (1.501 m. de altitud), oteador de cerros y ramblas, se halla el Monte Roel (1.170 m. de altitud), pequeña meseta en la que se ha documentado arqueológicamente la presencia de un poblado de la Edad del Cobre, cerámica

de fase campaniforme, fragmentos cerámicos posteriores, y se ha ignorado para su estudio —lamentable omisión— otra serie de muros de diversa fábrica y cronología que podrían haber permitido conocer la secuenciación cultural que allí se produjo hasta el siglo XVIII¹.

En su enclave serrano, equidistante de las poblaciones de Albox, Oria y Vélez Rubio, el Monte Roel aparece como elemento intermedio entre valle y montaña, erigiéndose en espacio simbólico santo, mediador entre altura y llano, con el fuerte contenido cultural que estos conceptos guardan (Chevalier, 1986; Beigbeder, 1989; Fernández Ortega, 1993: 121). Es allí, en esa geografía concreta —paisaje y lugar—, donde se levanta el Santuario del Saliente, realidad posterior a una primera ermita desaparecida con la edificación de éste, y debidos una y otro al hecho preexistente cual fue la colocación al culto, con anterioridad a ambas edificaciones, de la imagen de Nuestra Señora del Buen Retiro de Desamparados o del Saliente.

Prescindiendo de aspectos legendarios, históricos y análisis de los mismos, ya conocidos (García, 1779; Moreno, 1865; Bolea, 1890; Fernández Ortega, 1985 y 1993), y que salen de los límites de este trabajo, digamos como síntesis introductoria que es allí, en El Saliente, donde se encuentra el origen de una fuerte manifestación de religiosidad que, desde comienzos del siglo XVIII, llega hasta nuestros días cargada de expresiones festivas y rituales que forman parte del acervo cultural de un área geográfica supralocal y supraprovincial.

2. ORIGEN DE UNA FIESTA

Desde el mismo momento en que se concluyó la edificación de la primera ermita en 1716, impulsada por los sacerdotes de Albox D. Lázaro de Martos y D. Roque Tendero, y apoyada con las limosnas del vecindario, El Saliente adquirió —si es que desde siempre no lo tuvo— la condición de lugar sagrado y meta del *homo viator* para su encuentro con lo numinoso, lo sobrenatural, la divinidad. La presencia de una imagen que pronto se manifiesta como propiciadora de prodigios, la convierten en foco de atracción de devotos que impetran sus gracias (Díez, 1989: 273-274), transformando el espacio donde se encuentra en lugar santo de veneración y encuentro. De esta forma, la cima del Roel vio reforzado su carácter sacro, como reforzada quedó la sacralidad de la imagen allí colocada. Una y otra se convirtieron en referencia para la comunidad que, al llegar, salía crecida en su identidad de grupo. La devoción que suscitó, suscita y tiene la imagen de Nuestra Señora del Buen Retiro de Desamparados, hizo, lo mismo que hoy hace, que su devotos adoptaran el lugar como símbolo y referencia de su identidad grupal.

Apenas once años después, en 1727, la documentación municipal recoge un acuerdo por el

1. En 1995, con motivo de las obras que se llevaron a cabo en el Santuario del Saliente, se hizo una excavación arqueológica de urgencia en la explanada del Monte Roel, en el reborde meridional de la misma, fundamentalmente en restos visibles de época prehistórica y otros de época medieval. No se excavaron los muros que se apreciaban en la plaza, lo que ha impedido conocer la secuenciación completa, como hubiera sido de desear. En agosto de 1996, cuando todavía era posible su realización, se puso este hecho en conocimiento de la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, que dio como respuesta el silencio.

que se decide enviar justicias y regidores que velen por el orden en El Saliente en las fiestas del ocho de septiembre, dada la gran afluencia de personas al lugar. En 1758, la concurrencia de devotos debió ser considerable (Bolea, 1890) y, en 1804, ya se tienen noticias del carácter ruidoso de las celebraciones, como lo prueba el hecho de que el Ayuntamiento, ante las explosiones de cohetes y disparos de trabuco que se producían, amparándose en reales pragmáticas y otras disposiciones legales, prohibiera el uso de armas de fuego en los festejos, y así se hizo saber por voz de pregonero².

Como puede observarse desde los primeros tiempos, devoción y fiesta fueron parejas, lo mismo que ocurre en todo este tipo de manifestaciones de religiosidad popular. Lo religioso no impide la transgresión de la norma y contribuye a la ruptura con lo cotidiano. Este hecho común no debe extrañar, habida cuenta de que en toda fiesta religiosa se encuentra presente una dimensión de alegría, esperanza y solidaridad, exaltada esta última por el hecho de la cercanía y la familiaridad. En este contexto de fiesta como disolución temporal de diferencias y liberación de ataduras, el ocho de septiembre de cada año se celebra en El Saliente la fiesta síntesis del *Día de la Virgen*, conjunción de un tiempo y un lugar sagrados.

Tanto Moreno Cebada como Bolea, se extrañaron en el pasado de que esta celebración no tuviera lugar el quince de agosto, como cabría esperar del contenido asuncionista que se le diera a la imagen desde los tiempos de Lázaro de Martos. Sin embargo, es preciso hacer notar que la piedad popular no asumió —y tal vez no relacionó— la imagen de Nuestra Señora del Saliente con el misterio de la Asunción. Sin entrar en otras consideraciones, por demás ya estudiadas (Fernández Ortega, 1993: 63-83), sí cabe decir que la elección del ocho de septiembre como *Día de la Virgen*, tan popular en nuestra cultura, puede deberse entre otras razones al hecho de que esa fecha coincida con el final del verano, casi en los inicios del equinoccio de otoño, de fuerte carácter agrario. Lo dicho puede marcar el día, pero también hay algo que llama a la reflexión: los devotos rompen las fronteras y amplían la advocación de Virgen del Saliente, por encima del misterio mariano que le dieron los inspiradores del propio hecho religioso. Así, de esta forma, y desde sus orígenes, la fiesta se convirtió en fiesta de campesinos: los mismos que por su proximidad a la ermita y con cuya ayuda económica ésta se hizo realidad. Ello no quita que tempranamente sobrepasara los límites estrictamente locales y se proyectara a otras zonas limítrofes de las actuales provincias de Almería, Granada y Murcia.

3. LA FIESTA EN EL PASADO

Prescindiendo de las noticias sueltas que aparecen en la documentación de archivo, y a algunas de las cuales ya hemos hecho referencia, debemos a Moreno Cebada³ la primera descripción de la fiesta, allá por los años sesenta del siglo pasado. Por el interés que presenta, y

2. Arch. Mun. de Albox, Hoja suelta, Leg. correspondiente a 1804, s/c.

3. D. Emilio Moreno Cebada, orador y escritor sagrado, publicó en 1865 el libro *Las glorias religiosas de España* en el que se recoge "La Historia de la imagen y santuario de Nuestra Señora de los Desamparados o del Saliente de la villa de Albox, en la diócesis y provincia de Almería", vol. I; en 1875 publicó en Barcelona una Historia de la Iglesia, de la que nosotros conocemos 9 volúmenes.

dada la dificultad que hay en la actualidad para consultar esta obra, parece oportuno transcribir lo que en ella se recoge:

“ (...) Muchas son las romerías que en determinados días del año se hacen en España a diversos santuarios: en su origen estas romerías eran piadosísimas y los que la hacían no tenían otro objeto que cumplir promesas que habían hecho, visitar las imágenes objeto de veneración para los pueblos y dar público testimonio de fe católica. (...) Desgraciadamente la impiedad que todo lo invade, los trastornos por que ha pasado nuestra trabajada patria, la sangrienta guerra civil que por espacio de siete años ha sido un terrible azote con que el Señor nos ha afligido y castigado, todo reunido ha dado al traste con las buenas costumbres, ha hecho bambolear los cimientos de la moral cristiana y ha arrancado la fe de muchos corazones. Así pues no podemos menos de confesar con dolor que la mayor parte de las romerías religiosas se han convertido en gentílicas bacanales, que no pueden ser agradables a la divinidad. Con algunas honrosas excepciones presentan a los ojos del cristiano fiel y observador, un triste espectáculo.

Tenemos la mayor satisfacción en consignar, que lo que acabamos de decir no tiene lugar en la popular fiesta y romería de la Virgen del Saliente. Allí todo es fe, todo piedad, todo santo entusiasmo. (...) si ha podido la impiedad hacer algunos progresos en la España (...) no ha podido penetrar en aquella feliz comarca, protegida especialmente por la Virgen María. Allí se ven aún los restos de los antiguos tiempos y las costumbres patriarcales que resplandecían en nuestros mayores.

(...) A la fiesta de nuestra Señora del Saliente concurre un gentío inmenso de todos los pueblos circunvecinos hasta la distancia de diez, doce y más leguas. Ricas cabalgatas, reuniones o grupos en los que se ven niños que aún juguetean en el regazo materno, apuestas doncellas llenas de gracia y de candor, ancianos cuyas piernas apenas pueden sostener el peso de sus cansados cuerpos, corren presurosos a ofrecer homenajes de respeto a la Reina del cielo y de la tierra. Entre los que entran de rodillas desde la puerta del santuario hasta el altar se advierten personas de toda edad, sexo y condiciones. Por todas las avenidas escúchanse las inocentes canciones del país acompañadas de instrumentos rústicos. ¡Qué cuadro tan consolador!

(...) Tal es la devoción que se advierte que no es raro ver personas que arrodillándose a la falda de la sierra suben de aquel modo hasta llegar al santuario, atravesando la dilatada y penosa pendiente, siendo en mucho mayor los que en cumplimiento de promesas hechas en días de calamidad suben descalzos.

La función religiosa da principio con las vísperas solemnes que se cantan en la tarde del día siete, Rosario por la noche, después del cual es sacada procesionalmente la Imagen por la explanada que forma la falda de la sierra en el sitio del santuario (...) En el siguiente día ocho se celebra la función dando principio haciéndose nueva procesión con la Imagen, y misa solemne con diáconos, en la cual se pronuncia el panegírico de la Señora, por algún orador sagrado de los de más reputación, que lo hacen por lo común sin retribución alguna, habiendo casi siempre quien pretenda ocupar la cátedra sagrada, por el honor de elogiar a la bienaventurada Madre de Dios en este su bello simulacro.

Terminada la función, que por lo regular suele ser entre las doce y la una del día, empieza a desfilar el concurso en numerosos grupos por distintas direcciones, que en aquellas escabrosidades presentan un golpe de vista sorprendente. En los días festivos siguientes hasta el 29 de septiembre en que se celebra la festividad de san Miguel Arcángel, la concurrencia del santuario es también bastante numerosa, en la que como en la principal, se hacen muchas limosnas, con las que y recogen los limosneros de santuario se sostiene el culto” (Moreno, 1865: 122-124; 1952: 16-18).

Con las salvedades precisas de tipo ideológico-cultural, derivadas del carácter del autor del texto y su vocación de publicista, del hecho de ser escrito “a devoción del presbítero don Diego Fernández Martínez, párroco de feliz recordación de Sta. María de Albox”, así como de la época en que se redacta, no puede despreciarse el valor que guarda cuanto se reseña para conocer cómo eran las fiestas en El Saliente hace algo más de siglo y cuarto.

Si algo debe ser destacado al hacer la disección de lo reseñado es, precisamente, lo que sigue:

- a) Exaltación de los valores religiosos más tradicionales conservados a juicio del autor en El Saliente, que lo aísla de la dinámica profana que, según él, caracterizaba a otros santuarios cuando “el ángel de la incredulidad, cierne sus negras alas sobre la familia humana.”
- b) Gran concurrencia de peregrinos procedentes de pueblos circunvecinos, incluso alejados, que pone de manifiesto la supralocalidad de la fiesta, como ya hicimos mención.
- c) Carácter familiar y grupal de la misma, acompañada de manifestaciones festivas, populares y autóctonas, de tipo profano.
- d) Expresiones de agradecimiento, hechas promesa cumplida por los favores recibidos.
- e) Desarrollo litúrgico de la fiesta, conclusión de la misma y ampliación a otras fechas.

Todo lo anterior se presenta con valor de documento de época y, como tal, precisa análisis, interpretación y estudio. Prescindiendo de aspectos literarios, marcados por una ideología concreta que sublima el componente religioso ante todo —nadie deberá extrañarse por ello—, encontramos una realidad distinta en la fiesta —quizás ocultada con intención por el autor— al conocer otra menos *ortodoxa* por boca de quienes la vivieron hace años y nos informaron hasta donde su memoria alcanzó. En idéntico sentido, introducimos lo que nosotros hemos vivido directamente, en aquellos momentos de cambio y transformación, en los que aún sobrevivían manifestaciones *antiguas* que, en el pensamiento *progresista* eran consideradas anacrónicas: cada uno es hijo y esclavo de su tiempo.

En Albox se iniciaba la celebración con un solemne triduo en honor a la Virgen los días antecedentes a la fiesta del 8 de septiembre. Tras la guerra civil (1936-39), el triduo se cambió por un novenario que todavía se celebra, y tenía lugar en el templo parroquial de Santa María. Mientras ello ocurría, comenzaban a verse por el pueblo peregrinos que, andando o sobre mulas aparejadas con vistosos cobertores y zaleas, se dirigían al Santuario. Las aguaderas de esparto portaban, junto a los alimentos que habrían de servirles de sustento, la paja y el grano para dar

de comer a las bestias. No se trataba de grupos compactos y numerosos, sino familiares o de vecindad que dirigían sus pasos a un mismo lugar y con idéntico fin. Lo mismo que éstos, aparecían los pobres de solemnidad que se encaminaban hacia donde podían obtener limosnas, nacidas de promesas, para paliar mínima y temporalmente sus necesidades.

El componente plástico de estética rural, abigarrada y popular, atraía la atención del vecindario. No estaba exenta la mirada de ese encubierto aire de superioridad con que el *urbanita* mira al rústico. En el fondo, desde el Albox urbano se pensaba que aquélla no era su fiesta. En este sentido cabe decir que, hasta no hace demasiados años —quizás treinta o alguno menos—, las familias *bien pensantes* y *de orden* no subían este día y lo hacían el primer domingo de octubre, celebración de la Virgen del Rosario, patrona de la villa, para no participar del barullo y las aglomeraciones que se producían. En el fondo, lo que yacía en esa postura, era una clara actitud de clase para marcar fronteras.

La subida al Saliente tenía un componente religioso innegable: la visita a la Virgen, el cumplimiento de una promesa por el favor recibido, la impetración de gracias, ... ; todo ello con las más diversas expresiones de sacrificio, mortificación corporal y ofrendas en dinero o especie. Pero al mismo tiempo, se compaginaba lo dicho con la diversión y el entretenimiento. Había gentes que llegaban al Santuario algunos días antes de la fiesta, y allí permanecían hasta que ésta terminaba. Las habitaciones del claustro eran ocupadas, haciendo colectivo un espacio reservado para lo individual; nada era de nadie, todo era de todos: la habitación, la comida, el vino, el baile y la diversión. Era la mezcla de lo sacro con lo profano, de la intimidad con la exteriorización, de la ortodoxia doctrinal con las adherencias mágicas y la superstición, era, en definitiva, una puesta en escena de la complejidad humana.

La víspera del **Día de la Virgen**, superada la estampa medieval que se mostraba al visitante en el camino, donde pobres, mendigos, tullidos y pícaros exhibían malformaciones y extendían sus manos llamando a la caridad con voz lastimera para recibir el pan o la calderilla de las promesas; tras las solemnes vísperas, el rosario y la procesión de la imagen por la explanada, permanecía abierto el templo y animado el ambiente en la calle y el claustro —corredores— con los bailes de parrandas, seguirillas, jotas y malagueñas. A la luz de los candiles, y la penumbra como aliada, se desarrollaba una variopinta actividad festiva. Puestos de turrónes, bebidas y confituras de la tierra tampoco faltaban. Al grito de ¡*Mosca!*!, llegaba la oscuridad; entre voces, risas, carcajadas y carreras, se sucedían los pellizcos a las muchachas, los abrazos, los besos furtivos y cuanto sacarse pudiera del momento. Restablecida la débil iluminación, volvía la normalidad.

No se ignoraba que en dos habitaciones cercanas, meretrices y maricas, respectivamente, se entregaban a sus preferencias sexuales y ofrecían servicio a quienes lo solicitaban. Esta realidad se mantuvo hasta los años cuarenta de nuestro siglo, donde la moral dominante reprimió y eliminó esta costumbre que, no por desconocida, era habitual.

El carácter de la fiesta no impedía que se produjeran riñas y otros altercados, como lo prueba el hecho de que en el propio Santuario hubiera un pequeño calabozo para recluir a los

contravenientes de la norma establecida. Poco quedaba en las dos décadas que van de los años veinte a los cuarenta del “todo es fe, todo piedad, todo santo entusiasmo” que refería Moreno Cebada, aunque fe, piedad y entusiasmo nunca faltaran.

A la mañana siguiente, el día grande, nueva procesión con la imagen por la explanada. No se trataba, si vemos cómo ha llegado hasta hoy, de algo jerarquizado con esquema preestablecido y rígido, sino que el gentío se agrupaba alrededor y tras el trono procesional, mientras sonaban las campanas y disparaban cohetes, acompañado todo ello de cantos religiosos.

Si hay algo que por su valor simbólico merece destacarse es, precisamente, la colocación de la imagen, al borde de la meseta, mirando hacia Albox. Este gesto dura —y debió durar— el tiempo que tarda en cantarse la Salve Popular, que presenta unas variaciones rítmicas y cadenciales que la hacen propia de la villa. Con esa acción se reivindicaba y reivindica el carácter localista que quieren imponer los alboxenses a la Virgen del Saliente, aún aceptando el hecho supralocal de su devoción.

La Misa Mayor se celebraba a continuación, con presencia de las autoridades locales que la presidían. Mientras tanto, las promesas se sucedían, como se sucedían las ofrendas en dinero y en especie, los encargos de misas de acción de gracias o sufragio, los exvotos, los cirios que en más de una ocasión provocaron incendios, así como las plantas y flores cultivadas en los huertos para esta ocasión. Concluida la misa se daba por terminada la fiesta, emprendiendo el regreso los peregrinos de lugares más alejados, y permaneciendo los venidos de áreas próximas para continuar la fiesta y la diversión hasta horas más tardías.

Antes de pasar a otro apartado, y refiriéndonos a las ofrendas de tipo vegetal, queremos incidir en un rito que desde antiguo llega hasta nuestros días: la ofrenda de albahaca. Desde la primavera, en que empieza a verdear esta planta, es llevada al Santuario y ofrecida a la Virgen. Preguntadas muchas personas sobre su significado, la respuesta siempre ha sido la misma: “La albahaca es la planta de la Virgen”. Volviendo a preguntar, siempre se nos ha contestado que sus padres, sus abuelos, y sus antepasados la ofrecían y ellos seguían haciéndolo. No hay otra explicación. El ritual es muy sencillo: la planta es arrancada de la tierra con su raíz, se lleva con mimo para que no pueda estropearse, se pasa por el trono de la imagen y, cortando unas pocas ramas, éstas se reparten entre los familiares y amigos presentes, guardándose otras para los ausentes. El resto queda allí como mancha de color y perfume del ambiente.

Reflexionando sobre esta costumbre ritual, caímos en el detalle de que los campesinos de la zona no dicen albahaca, sino *albaraca*. No debe ser simple coincidencia que la palabra *al Baraka* signifique en árabe la bendición, la suerte. Con toda seguridad, el nombre de la planta fue asociado a este concepto y, en su integridad, con la tierra de la raíz, al pasarla y tocar la imagen, se hacía partícipe de la bendición de ésta, haciendo copartícipes a los demás de esa bendición alcanzada y que podía hacerse extensiva a los campos de donde procedía. Creemos que este ritual ha superado siglos y culturas, habiéndose hecho acto cotidiano y referencia de algunos grupos para participar de la sacralidad de la imagen.

4. EL PRESENTE DEL DÍA DE LA VIRGEN

No puede decirse que se hayan producido cambios fundamentales en la estructura de la fiesta, aunque sí se aprecian variaciones significativas. Los años cuarenta y cincuenta fueron, en cierto modo, años de depuración *moral*, en los que se puso límite a aquellas expresiones festivas que podían mover a escándalo. Sin embargo, se mantuvieron otras que el tiempo se encargó de arrinconar. A pesar de todo, el *Día de la Virgen* en El Saliente seguía siendo una fiesta de fuerte carácter campesino y no acababa de asimilar a la población urbana albojense. Seguían los prejuicios a que con anterioridad aludimos.

En 1953 se organizó la Cofradía de Nuestra Señora del Saliente, al amparo de la Parroquia de Santa María de Albox y sin que existiera reconocimiento canónico real. Tuvo como misión en su origen, emprender las obras de restauración del Santuario tras los destrozos producidos durante la guerra civil, reconducir las fiestas, administrar los ingresos y, en definitiva, con el tiempo, controlar cuanto en el Santuario se hiciera. De carácter cerrado, y siempre selectiva para la incorporación de miembros, fue disuelta en 1986 cuando de tal cofradía sólo quedaba el nombre y tres miembros que la manejaban.

Pasados los años, y llevados siempre de la inercia, la fiesta continuaba con pocos cambios y entraba en fase de declive, agudizado éste por la emigración y el despoblamiento de los campos por el éxodo rural que caracterizó a la década de los sesenta. Puede que este declive hubiera que ponerlo en relación también con las transformaciones derivadas del Vaticano II.

El caso es, y ello debe ser tenido en consideración, que al comenzar la década de los setenta la fiesta seguía languideciendo y comenzaron a ponerse en marcha otras fiestas o encuentros dedicados a los emigrantes en época vacacional. La intención profunda, y por encima de consideraciones devocionales o identitarias, lo que latía en realidad era un afán por recabar fondos procedentes de las divisas hechas pesetas. Para los participantes era día de encuentro, emoción por el regreso y nostalgia de tiempos pasados. Se reproducían rituales vividos, se confraternizaba, se hacía alarde y ostentación de bienes adquiridos, envuelto todo ello en una atmósfera religioso festiva. Este tipo de encuentros se prolongó algunos años.

Fue en esta misma década cuando los sacerdotes de Albox D. Juan Bretones y D. Antonio Rueda, apoyados por las comunidades religiosas de las Hijas de la Caridad y de Jesús y María, plantearon la necesidad de dar sentido peregrinante a los jóvenes de Albox en su caminar hacia El Saliente, con la iniciativa de organizar una romería unitaria que rompiera el carácter individual o de pequeño grupo que siempre había caracterizado las idas al Santuario. El eslogan de la primera romería fue significativo: *Camina o revienta*. Era el título de una autobiografía del último *quinqui* oficial del régimen, Eleuterio Sánchez, "El Lute", que acababa de aparecer en el mercado. De esta forma, la romería, como pórtico de la fiesta, trataba de convertirse en "escenificación de la corporatividad moral y solidaria de un pueblo" (Maldonado, 1985: 160). Antes de la partida tenía lugar una concentración de romeros de todas las edades en la Plaza

del Pueblo, con diversas actuaciones de grupos. A las doce de la noche se cantaba la Salve en el interior del templo y a continuación se emprendía la marcha.

Por primera vez salía de Albox una romería “organizada” en la víspera del ocho de septiembre. A ella se sumaron grupos de parroquias vecinas, remozando unos y otros la siempre nueva y antigua vivencia de la victoria sobre el espacio. Se convertía el acto en mimodrama de la condición itinerante del *homo viator* que camina en la oscuridad, perdiéndose los unos entre los otros para crear e intensificar el sentimiento de grupo que abarca con eficacia a todos los pueblos que los une su devoción a la Virgen. Era un logro que fraguó con los años, aunque hoy haya perdido el carácter superador de límites que tuvo en los primeros tiempos. Se ha reforzado, en cambio, y de esta forma, el localismo y el sentido grupal en la subida al Santuario.

El rito continúa y va en aumento la participación. Los hijos de aquellos primeros romeros ya participan en la romería. Los viejos prejuicios de los albojenses para ir al Saliente el *Día de la Virgen* ya han desaparecido. El carácter fragmentado de la fiesta, tan característico de épocas pasadas, se ha hecho unitario, aunque muchos no lo perciban.

Algunos siguen sin entender la romería. Un sacerdote joven, párroco de Albox, decía con ocasión de las de los dos últimos años, que aquello podía ser cualquier cosa menos una manifestación de religiosidad. Comentaba sorprendido la heterogeneidad de los participantes y la heterogeneidad de las conductas y comportamientos en el camino. Se lamentaba de la falta de cohesión y de la disgregación de los participantes, así como del abuso de alcohol que se hacía entre los jóvenes. Alguien trató de convencerle para que viera que aquella fiesta era, como toda fiesta, ruptura con la norma y la cotidianidad, transgresión y paréntesis; pero, al mismo tiempo, guardaba un profundo significado, sentido religioso y carácter grupal, poco ortodoxo si se quiere, que alcanzaba plenitud en cada participante al acceder a ese *centro* que le muestra al hombre la insignificancia de su cuerpo y la grandeza de su esfuerzo: el trabajo duro y constante que da la victoria. Al mismo tiempo se le invitaba a observar cómo la auténtica meta de cada romero al llegar al Santuario, aún el más anómalo por atuendo, consumo de alcohol o lo que fuere, era alcanzar el camarín de la Virgen, dirigirle la mirada, quizás susurrar una oración de petición o acción de gracias y en silencio reverente volver a esa realidad donde lo profano y lo sagrado se mezclan sin saber exactamente donde acaba lo uno y empieza lo otro. Han cambiado los modos pero no las creencias.

Fuera de lo dicho, poco más hay que añadir. Por la noche sigue estando abierto el templo a todos cuantos llegan, se repiten las promesas, las ofrendas o el gesto de la simple visita para ver a la Virgen. Ya no hay *Mosca* ni bailes de parrandas, seguirillas o malagueñas. A las cinco de la mañana tiene lugar la Misa de Romeros y muchos se bajan concluida ésta. Otros aguantan hasta que el cuerpo puede y, mientras tanto, sigue llegando la gente.

Fuera del templo, libre la explanada de vehículos y puestos de venta desde 1986 —hasta esa fecha se instalaban dentro de ella—, los vendedores ambulantes montan sus negocios de bebidas, dulces, *Todo a 100 pesetas*, juguetes, flores, recuerdos, y un sinfín de ofertas para los

visitantes. La mañana, poco a poco, ve poblarse el Santuario de nuevos romeros que han cambiado la caballería por el automóvil o el autobús.

Las misas se suceden, y a medio día se reza el *Angelus*. Al terminar éste, un sacerdote, con alba y estola, baja la imagen y la coloca en el trono procesional entre el estruendo de los aplausos —novedad reciente—, los cantos y las lágrimas contenidas de muchos asistentes que tratan de acercarse a la imagen para tocarla. Colocada en el trono, hombres y mujeres luchan por hacerse hueco entre los varales y procesionarla por el itinerario de siempre, donde se mantiene el rito antiguo. Repican las campanas, se disparan cohetes y, como cada año, mirando a Albox, el canto de la Salve. De nuevo al templo y vuelta al camarín. Sobre este particular, hay que hacer notar que fue a partir de 1986 cuando los sacerdotes decidieron portar ellos la imagen hasta las andas, debidamente revestidos, para eliminar el viejo ritual que hacía del hermano mayor el centro de atención cuando trasladaba a Nuestra Señora. Era el único que tocaba el *símbolo*, era la forma de controlar el poder y ejercitarlo dentro del Santuario.

La llegada de gente es incesante hasta la misma noche del día 8 de septiembre, donde la última misa se celebra a las 8 de la tarde. La cultura que ha superado tiempo y espacio favorece el ir y venir con rapidez. El pragmatismo, la prisa y el sentido de eficacia han roto en cierto modo el colorido y el calor de lo comunitario. La fiesta, conservando casi siempre el sentido devocional, ha dado paso a formas nuevas en las que se renuevan viejas costumbres.

Intencionadamente se ha dejado para el final una consideración que estimamos necesaria: ¿Hasta qué extremo se mantiene la puridad de la fiesta?, ¿hasta dónde están llegando las *innovaciones*? Ha quedado dicho cuanto fue y es la fiesta del *Día de la Virgen*, sin embargo, al hablar de *innovaciones*, nos estamos refiriendo a la progresiva incorporación de elementos foráneos que no son otra cosa sino colonialismo cultural. Los trajes de volantes en las mujeres y los cortos en los hombres, están haciéndose ver —aunque sea en corto número y en niños y jóvenes— en la Plaza de Albox la noche del 7 de septiembre, y algunos en el propio Santuario. El baile de sevillanas, machaconamente repetidas, el canto de la *Misa Rociera* en la del peregrino a las cinco de la mañana, el desfile de carretas a lo rociero —sombrero de ala ancha, gorra campera y traje corto incluido— organizado el 2 de mayo de 1993 con motivo de la bajada de la Virgen a Albox, son exponente claro de que algo está ocurriendo. La fiesta está incorporando, aunque sea con lentitud, una estética mixtificada y exógena que nada tiene que ver con nuestra realidad y nuestra cultura. Querer convertir en marisma la sierra y la rambla, es una renuncia a la propia identidad y una tendencia al uniformismo gregario en aras de esa pretendida unidad cultural de Andalucía que proclaman y sueñan algunos políticos. Indicios ya se ven en El Saliente. Promotores, la nueva clase que, reconociendo sus ocultas frustraciones, aspira a ocupar un espacio de poder e influencia, vinculándose a manifestaciones para ellos *modernas* y despreciando las propias por considerarlas *catetas*.

Lo dicho hasta ahora es, en brevísima síntesis, lo que el *Día de la Virgen* fue, es y puede que sea en un futuro. Este día, como ocurre con el propio Santuario del Saliente, hace vivir a Albox una doble dimensión: la vivencia de su identidad y el sentido de apertura que le da la gran devoción de otros pueblos a la imagen del Buen Retiro de Desamparados o del Saliente (Fernández Ortega, 1989:326).

BIBLIOGRAFÍA

- BEIGBEDER, O.: *Léxico de los símbolos*, Ed. Encuentro, Madrid, 1989.
- BOLEA Y SINTAS, M.: *Episcopologio e historia de la diócesis de Almería*, ms. inédito, Almería, 1890.
- CHEVALIER, J. y GHEERBRANT, A.: *Diccionario de los símbolos*, Ed. Herder, Barcelona, 1986.
- DIEZ TABOADA, J.M.: "La significación de los santuarios", en *La religiosidad Popular* (Alvarez Santaló, Buxó y Rodríguez Becerra, Coords.). Tomo 3. Anthropos y Fundación Machado. Barcelona, 1989, págs. 268-281.
- FERNÁNDEZ ORTEGA, P.M^a. y A.: *El Santuario del Saliente. Historia y vida*, Granada, 1985.
—El Santuario del Saliente o la identidad de un pueblo", en *La religiosidad popular*, (Alvarez Santaló, Buxó y Rodríguez Becerra, Coords.). Tomo 3. Anthropos y Fundación Machado. Barcelona, 1989, págs.315-326.
—*La Virgen del Saliente en su Buen Retiro*, Fundación Santuario del Saliente, Albox (Almería), 1993.
- GARCÍA, F.: *Oración fúnebre del Ilmo. señor Don Claudio Sanz y Torres. Dignísimo Obispo de la Santa Iglesia de Almería*, Imprenta de Antonio de Zea, Granada, 1779.
- MALDONADO, L.: *Introducción a la religiosidad popular*, Santander, 1985.
- MORENO CEBADA, E.: "Historia de la imagen y santuario de Nuestra Señora de los Desamparados o del Saliente de la villa de Albox en la diócesis y provincia de Almería", en *Glorias religiosas de España*, del mismo autor, vol. I, Barcelona, 1865, págs. 113-129.
—El mismo título, opúsculo publicado en Albox, 1952.